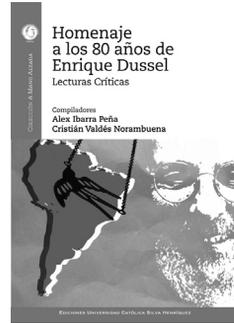


HOMENAJE A LOS 80 AÑOS DE ENRIQUE DUSSEL. LECTURAS CRÍTICAS

ALEX IBARRA Y CRISTIÁN VALDÉS (COMPS.)
*Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez,
Santiago de Chile, 2016, 234 páginas.*

ISBN: 978-956-341-053-2

Presentar un libro siempre es un gesto de cordialidad hacia el autor. En este caso hacia los compiladores o, más específicamente, hacia el compilador hoy presente, a quien le debo haber cumplido en la fecha un trayecto de expedicionario a una velocidad de bólido. Situación, no obstante, insignificante frente a las condiciones de producción de este libro, a partir de un coloquio organizado en 2015, cuyo ruido de fondo fueron los bombazos que reprimían la manifestación estudiantil, poniendo de relieve la urgencia de la inmediatez local precisamente en medio del homenaje a una de las figuras claves de ese fenómeno latinoamericano que fue la filosofía de la liberación.



Los 80 años de Enrique Dussel son la excusa para discutir el pensamiento de un intelectual nacido en Mendoza, afincado en México y apropiado por toda América Latina. El panorama que traza el prólogo, en lo que concierne a la filosofía latinoamericana —la ignorancia, la omisión o el desprecio vertidos sobre ella por la metrópoli; el descrédito o el folklorismo a que se reducen las tentativas de sistematización del pensamiento al sur del Río Bravo— no afecta a Dussel, que ha sabido ajustarse últimamente a ciertas alternativas teóricas más propicias a la simpatía de las academias metropolitanas, como el poscolonialismo que hegemonizó y penosamente simplificó los debates sobre América Latina en el siglo XXI.

Lo cierto es que el homenaje a Dussel no se limita a evaluar su relevancia, sino que se postula como un diálogo “dentro de nuestra propia tradición”¹ que despliega artículos de argentinos, peruanos, chilenos y cubanos —reunidos por Alex Ibarra y Cristián Valdés Norambuena— dedicados a indagar el marxismo latinoamericano, la tensión de Dussel con Rodolfo Kusch, la justicia, la estética esencialista, la filosofía de la liberación, el masculinismo de su pensamiento y la otredad. Me recortaré en este catálogo extenso a cuatro artículos que, con una ecuanimidad no calculada, corresponden a dos chilenos y dos argentinas: los de los compiladores y los de Adriana Arpini y Dina Picotti que, para alguien poco versado en filosofía como yo (que no pierdo oportunidad de montar la comedia de la excluida por venir de esos arrabales del pensamiento en que radica la literatura), son los más afines a las obsesiones que me ocupan.

“Hay mucho de la filosofía de la liberación que es deudora de la teología de la liberación”, sostiene Alex Ibarra en la primera página de su trabajo, recomponiendo el fenómeno a partir de los encuentros de Dussel con Juan Carlos Scannone, en el seminario de San Miguel, a comienzos de los 70. En ese contexto, la Iglesia conjugaba la función medieval de ser guardiana de las bibliotecas en los monasterios con la función moderna de liderar un movimiento de liberación, a través de una lectura del Evangelio próxima a “los condenados de la tierra”, para decirlo con Frantz Fanon, cuyas ideas se esparcían por esos años tanto en América como en África, reproduciendo la condición del martiniqueño que abandonaba el Caribe para encabezar la independencia de Argelia. Hace tiempo que sostengo la necesidad de recuperar la función ideopoyética del Caribe, específicamente de las Antillas, de las que surgieron esas fantasías de isleños que englobamos bajo la designación auspiciosa de “utopía de América”: al lado de Fanon, Hostos, Martí, Pedro Henríquez Ureña, Édouard Glissant, George Lamming, Nicolás Guillén, Fidel Castro...

1 Ibarra, Alex y Valdés, Cristián. Homenaje a los 80 años de Enrique Dussel. Santiago, Chile: Ediciones UCSH, 2016. 10.

Pero es evidente que los antecedentes inmediatos de la filosofía de la liberación no tributan a esa serie sino que se recortan sobre los emprendimientos de Leopoldo Zea y Augusto Salazar Bondy quienes, más allá de sus discrepancias, fueron incitados por un español exiliado, José Gaos —discípulo felizmente errático de Ortega y Gasset—, a iniciar los estudios de filosofía latinoamericana. Lo que Gaos señaló, adicionalmente, es algo que no termina de naturalizarse en la filosofía local, pero que en otros dominios ha sido aceptado como el género más propicio a la literatura de ideas: el ensayo como la forma ideal para inscribir discursivamente el pensamiento latinoamericano.

La filosofía de la liberación comienza rechazando el marxismo como no relevante o directamente negativo, algo que colisiona con el papel que cumplía en América Latina: por un lado, informando la Revolución Cubana —que Dussel desconsidera, orientando su preferencia hacia el movimiento rebelde del Mayo Francés—; por el otro, sosteniendo la red intelectual del gramscismo, más fuerte en una Argentina donde editaba los *Cuadernos de Pasado y Presente*, a través de polemistas y expulsados del PC, como José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler y Oscar del Barco. La liberación, entonces, se muestra menos afín a la revolución sistemática que a la revuelta ocasional y, en la marcación de Ibarra, proclive al peronismo nacional frente al marxismo internacionalista. Es el mismo autor quien recalca el silenciamiento que sufre la Revolución Cubana en la obra de Dussel de los 70 y los 80, lo que queda potenciado por el reemplazo del método dialéctico por el analéctico² sobre el cual se expandirá el texto de Arpini. El borramiento del movimiento más significativo ocurrido en el continente durante la segunda mitad del siglo XX no solo coloca a Dussel en el marco de una filosofía acrítica, sino que restringe el uso de una categoría como la de “hombre nuevo” a su origen conciliar, ignorando la luminosa resonancia que adquiere en la escritura del Che Guevara.

Al no ser marxista, un socialismo como el que defiende Dussel debe suponerse puramente humanista. Si en esa elección puede anticiparse

2 Ibid. 26.

el giro poscolonial que cumplirá en los últimos años, más evidente y preocupante en la época es su simpatía por la Democracia Cristiana que traicionó a la Unidad Popular, volviéndose funcional al golpe de Estado de 1973 en Chile. En noviembre del año anterior, Dussel había dictado unas conferencias en “la localidad patagónica de Viedma”, en las que promovía una “ruptura teórica” del pensar latinoamericano³. Sin embargo, el sintagma “localidad patagónica” que emplea Alex, en ese año 1972 no me hace pensar en una ciudad rionegrina sino chubutense, específicamente en Trelew, lo que opaca la “ruptura teórica” con la ruptura institucional producida tres meses antes, cuando la base Almirante Zar fue escenario de un fusilamiento de presos políticos. Es difícil decir si Dussel estaba sentando entonces las condiciones para una filosofía latinoamericana renovadora; lo que es indudable es que en la Argentina de 1972 se estaba gestando la mecánica de la represión política que llevaría a la caída de Allende (en el mismo Chile que cobijó a los prófugos de Trelew) y luego a la dictadura argentina de 1976, que lograría una articulación siniestra, mucho más coincidente que las disputas en torno a la filosofía, en el Plan Cóndor.

Buena parte de los artículos que forman el libro insisten en la heterogeneidad de la filosofía de la liberación, que reúne a pensadores cuya disparidad ideológica era evidente. El texto de Valdés Norambuena se apoya en las observaciones de Horacio Cerutti para sumar un elemento contextual que otros autores saltan. Porque si Fanon es una figura central de la época, que hoy puede parecer apenas una curiosidad para muchos, el otro actor clave es ese personaje frankfurtiano que, aislado de sus compañeros originarios, cobró una relevancia inusitada en la cultura americana: Herbert Marcuse. *Eros y civilización* y *El hombre unidimensional* alcanzaron entonces una dimensión mítica que las dictaduras ya señaladas —y otras que afectaron la región— se encargaron de neutralizar y anular. No obstante, el artículo no se detiene en Marcuse, excepto como telón de fondo, y se centra en cambio en la polémica de Dussel con Kusch, enmarcada inicialmente

3 Ibid. 34.

en el II Congreso de Filosofía Argentina desarrollado en Alta Gracia, en 1971, donde Kusch presenta el “estar-siendo” como estructura existencial y como decisión cultural americana⁴ y continuada en la IV Semana Académica de San Miguel, a la cual Kusch asiste como público y formula preguntas a los expositores, lo que confirma su distancia respecto de la filosofía de la liberación.

Acaso la intervención más ríspida de Kusch frente a sus colegas, es la que establece la dificultad —incluso la inviabilidad— de la posición del intelectual como vocero de los oprimidos⁵. Por añadidura, diagnostica que la crisis no es del pueblo, sino de las clases medias que procuran imponer modas culturales⁶. El problema de la cultura popular es la desvinculación que la elite mantiene respecto del *ethos* popular y el ejemplo que encuentra Kusch es el tratamiento que reciben “Los gauchescos” en la *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas, frente al que se depara a “Los proscriptos” y en cuya interpretación parece reeditarse el conflicto sarmientino de barbarie y civilización. La observación es al menos injusta, ya que Rojas establece a los gauchescos como los creadores de una literatura —algo que nadie más les concedió— y que el americanismo de Rojas podría resultar algo exótico, pero indiscutible. De todos modos, si el trabajo de Valdés Norambuena se vuelca tan minuciosamente a Kusch es porque prefiere sus razones frente a las de Dussel, insistiendo así en una tendencia que los organizadores le imprimen al libro: la del ambiguo reconocimiento por el cual el homenajeado vale por las polémicas que se pueden entablar con él, no por el acierto de sus propuestas.

Arpini, en cambio, se detiene en los aspectos de función y método de la filosofía latinoamericana a partir de Dussel, recuperando la analéctica no en oposición a la dialéctica —como hace Ibarra—, sino como apertura al Otro más allá de la totalidad⁷. No obstante, para eludir las contradicciones que los compiladores subrayan, Arpini

4 Ibid. 43.

5 Ibid. 55.

6 Ibid. 58.

7 Ibid. 106.

opta por afirmar que “la trayectoria intelectual de Enrique Dussel es discontinua”⁸, aunque menos por sus afinidades ideológicas que por sus decisiones que lo llevan de la ontología del “ser latinoamericano” a la ética o metafísica de la apertura hacia el Otro⁹. La filosofía debe ser liberadora porque le corresponde pensar la opresión que acarrea la ontología política europea, cuyos visos imperiales chocan con la alteridad antropológica de la filosofía americana¹⁰. El método congruente con el propósito de la liberación es el analéctico, que parte del Otro como libre y que, en vez de apartarse de la dialéctica, se define como dialéctica verdadera frente a la falsa dialéctica que deriva en un movimiento conquistador¹¹.

Quien completa esta caracterización metodológica es Dina Picotti, cuando establece a la filosofía como “analéctica pedagógica de la liberación, una ética primeramente antropológica o una metafísica histórica. Es un método intrínsecamente ético y no meramente teórico”¹². Abundando en un tópico también destacado por Arturo Roig, el descubrimiento de América es para Dussel un encubrimiento por la violencia que se aplica sobre el continente, especialmente sobre una población que arrastra en su historia las marcas de tal agresión. Es así como Picotti recompone los sucesivos rostros de la modernidad en América siguiendo el recorrido de Dussel, desde los indios explotados por los sistemas de mita y yanaconazgo hasta los marginales actuales, pasando por los mestizos “hijos de la Malinche”, los criollos emancipadores, los campesinos y los obreros.

La historización subraya que la filosofía de la liberación no se postula para épocas excepcionales de conflicto o revolución, ni pretende ser una filosofía crítica para minorías, sino que apunta a una ética cotidiana para las inmensas mayorías excluidas de la globalización¹³. “La muerte

8 Ibid. 110.

9 Ibid. 111.

10 Ibid. 114.

11 Ibid. 121.

12 Ibid. 158.

13 Ibid. 173-174.

de las mayorías —sentencia Picotti— exige una ética de la vida”¹⁴. Frente a semejante propósito, declina discutir la tesis del sistema asiático-africano-mediterráneo, que representa uno de los planteos más excesivos e indemostrables de Dussel y que en los últimos años se amplió hasta enunciar la teoría de que los antiguos incas procedían de Oceanía. La decisión de Picotti es recuperar la originalidad de un pensamiento más allá de sus contradicciones. Con diferencias y énfasis diversos, es lo que plantea todo el volumen, para reponer un pensamiento que marcó las últimas décadas de una América Latina que no puede dejar de ser interrogada, como toda fe laica.

Marcela Croce¹⁵

14 Ibid. 176.

15 Argentina. Licenciada, Profesora y Doctora en Letras (UBA-Argentina). Se desempeña como docente de “Problemas de Literatura Latinoamericana” en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Contacto: marcela.croce@gmail.com